

la hornaza, arrojaba un opaco resplandor rojizo sobre los rieles.

—¿Qué es esto?—pregunté retrocediendo un paso.

—Es el tren. Vamos en el tren. Ya no se acuerda usted? Vamos en el tren,—murmuró el doctor.

La noche era fría y el doctor tiritaba nerviosamente. Al verlo, sentí contagiarse me su temblor en todo el cuerpo.

—¡Maldición!—grité con todas mis fuerzas.—¡Cómo si no hubiera usted podido llevarse a algún otro!

—¡Sehs!... favor...—contestó el doctor apretándome afectuosamente el brazo.

Alguien, en la obscuridad, dijo:

—Si se disparara una andanada de todos los cañones, nadie abriría los ojos. Todo el mundo duerme. Podrían amarrarlos a todos, uno por uno. Hace un momento pasé frente al centinela. Me miró y no dijo una palabra. No movió un músculo. Supongo que estaría dormido también. No sé cómo no se cae.

El que hablaba bostezó, y sus ropas erujieron. Evidentemente estaba estirándose. Me recliné en el costado del carro, con intención de preparar a él,—e inmediatamente me venció el sueño. Alguien me levantó por detrás, y me recostó en un asiento, y yo empecé a empujarlo con los pies, sin saber por qué, y de nuevo me quedé dor-

mido, oyendo entre sueños, fragmentos de conversaciones.

—En el kilómetro número 7.

—¿Trajeron las linternas?

—No, no quiere ir.

—Démelos. Atrás, un momento. Así.

Los carros movíanse a tirones, para adelante y para atrás, con erujidos de hierro y maderas. Y gradualmente, tal vez a causa de todos esos ruidos, tal vez porque estaba yo acostado cómoda y quietamente, el sueño fueme abandonando. Pero el doctor habíase quedado profundamente dormido, y cuando tomé su mano entre las mías, la sentí como la mano de un cadáver, pesada e inerte. El tren empezó ahora a moverse lentamente, con precaución, sacudiéndose ligeramente, como tomando bríos. El estudiante que venía con nosotros de ordenanza de hospital, encendió una linterna, iluminando las paredes y la abertura negra de la entrada.

—¡Maldita sea!—dijo con rabia.—Para lo que nos necesitan ya. Pero es mejor que lo despierte usted ahora, antes de que se nos duerma bien, porque luego no habrá poder humano que lo despierte. Lo sé por experiencia.

Despertamos al doctor y nos sentamos, mientras él nos miraba estúpidamente. Trató de volver a acostarse, pero no lo dejamos.

—No caería mal un trago de vodka,—dijo el estudiante.

Pasó el frasco de mano en mano, y el sueño desapareció por completo. Por el negro rectángulo de la puerta, comenzó a entrar una luz rosada, luego roja; por detrás de las colinas apareció de pronto el resplandor enorme y mudo de una conflagración inmensa, como si el sol estuviera levantándose en medio de la noche.

—Es muy lejos. Todavía faltan veinte kilómetros.

—Tengo frío,—dijo el doctor castañeteando los dientes.

Mirando a través de la puerta, el estudiante me hizo seña de que se acercara. En diferentes puntos del horizonte, resplandores inmóviles de enormes conflagraciones se destacaban en fila trágica, como si una docena de soles pugnarán por amanecer simultáneamente. Y la obscuridad ya no era tan completa. Las lejanas colinas hacíanse más densamente negras, destacando su silueta contra el cielo en contornos ondulantes o abruptos, mientras que las perspectivas se bañaban en un resplandor rojizo, silencioso e inmóvil. Miré al estudiante. Su rostro tenía también ese fantástico tinte color de sangre que impregnaba el ambiente.

—¿Hay muchos heridos?—pregunté.

El estudiante hizo con la mano un signo enigmático.

Un gran número de locos. Más locos que heridos.

—¿Locos de verdad?

—¿De qué quiere usted que sean?

Me miraba al hablarme, y sus ojos tenían la misma mirada fija y salvaje, llena de horror, que los del soldado que había muerto de insolación.




Los SOMBREROS DE PAJA
Con esta Marca, tienen todas las cualidades de los sombreros extranjeros siendo más baratos

CONVENZASE USTED MISMO
DESDE \$3.00 HASTA \$15.00

Rodrigo Montes de Oca TAGUBA Número 33
Junto al Templo

—la casa más progresista en su ramo—



Drogas
Novedades
Salón de Té